

ANTONIO PAMPLIEGA

# EL QUINTO NOMBRE

EL VIAJE A UN PASADO INCÓMODO



# El quinto nombre

El viaje a un pasado incómodo

Antonio Pampliega

© Antonio Pampliega, 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: septiembre de 2023

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023  
Edicions Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespensinsula@planeta.es](mailto:edicionespensinsula@planeta.es)  
[www.edicionespensinsula.com](http://www.edicionespensinsula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición  
Depósito legal: B. 12.754-2023  
ISBN: 978-84-1100-200-4



# Índice

## PARTE I

### EL ASESINATO DE TOMÁS MARTÍNEZ NEGRO

1. El paseo	15
2. El quinto nombre	22
3. La iglesia	30
4. El cura	39
5. El rescate de Isidro Fernández	48
6. El comité	55
7. El salvoconducto	63
8. Moro	69
9. Tras los pasos de Moro	74
10. El frente del agua	82
11. Dos coches negros	94
12. El falangista	102
13. El Coleta	109
14. La detención	115
15. El cadáver	130

## PARTE II

### LAS HERIDAS DE UNA GUERRA

1. Lazos de sangre	139
2. La ley del silencio	151
3. Los dos espías	156
4. La guerra	162
5. La huida	171
6. La madrina de guerra	182
7. El bidón de gasolina	192
8. Anatomía de una historia	202
9. La quinta del biberón	210
10. La denuncia	221
11. La República se derrumba	230
12. A la caza de los rojos	237
13. El soplón	244
14. Las detenciones	252
15. El fusilamiento	262
16. El Mella	271
Agradecimientos	283

PARTE I

EL ASESINATO DE TOMÁS  
MARTÍNEZ NEGRO

## El paseo

Tomás Martínez Negro iba a morir. Sus días estaban contados y él, mejor que nadie, lo sabía. Era solo cuestión de tiempo que los miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo se presentasen en su casa de madrugada para invitarlo, por las buenas o por las malas —eso ya dependía solo de él—, a acompañarlos en lo que se conocía, popularmente, como *el paseo*. En la cabeza de este profesor de música y antiguo sacristán de la iglesia parroquial solo había una incógnita a despejar: ¿cuándo iban a asesinarlo?

En aquella España del 36, inmersa en pleno aquelarre guerracivilista, la orgía de sangre y sed de venganza en la retaguardia se convirtió en el pan nuestro de cada día. Las patadas en las puertas de las casas, a altas horas de la madrugada, en busca de ciudadanos sospechosos de ser izquierdistas o derechistas —enemigos, todos ellos, del orden establecido—, se saldaban con docenas de cadáveres abandonados en cunetas, descampados o tapias de cementerios, y encontrados por sus propios vecinos al despuntar el alba.

Esa España cainita, la del ajuste de cuentas y la puñalada por la espalda, encontró un resquicio perfecto para disminuir rencillas a golpe de tiro en la nuca. En aquel país

caótico, los comités revolucionarios y los consejos dependientes de sindicatos y partidos políticos se convirtieron en el poder *de facto*, diluyendo la autoridad del Gobierno legítimo de la Segunda República. La sensación de impunidad total se apoderó de miles de españoles que, creyéndose la autoridad pertinente, y con el aplomo que otorgaban sus armas de fuego, se erigieron en jueces y verdugos de sus antiguos vecinos, amigos y camaradas.

El libre albedrío campaba a sus anchas. Vecinos denunciando a vecinos por problemas con las lindes de las tierras o por pura envidia. El motivo era lo de menos. No era más que una excusa para justificar un asesinato a sangre fría amparado, en ocasiones, en la ideología política —muchas veces inexistente— de la víctima. Haber votado a uno u otro partido, en aquella España de 1936, podía suponer una condena a muerte. La palabra, por ejemplo, de un labrador semianalfabeto, afiliado a tal o a cual sindicato, o la de un falangista, tenía más peso que la de un profesor de música y padre de tres hijos sin afiliación política conocida, pero que se veía abocado al cadalso por el odio que despertaba en el otro. En esta España no bastaba con vencer, era necesario perseguir a los enemigos hasta exterminarlos por completo. Por eso no es de extrañar que muriesen más españoles en la retaguardia que en primera línea de combate.

Tomás Martínez Negro era consciente, como todos los vecinos de Mejorada del Campo, de la animadversión que sentían hacia él varios miembros del Comité Revolucionario. Sabía que ese odio irracional que le profesaban le iba a acabar costando la vida. Por eso, no le cogió por sorpresa cuando, aquella madrugada del 5 de octubre de 1936, varios mozos del pueblo se personaron en su casa y, a la fuerza, lo sacaron de su cama, donde dormía junto a



María Cruz Bermejo San José, su mujer. Al antiguo sacristán, mientras lo sacaban a empujones a la calle, solo le dio tiempo a quitarse la alianza y dársela a su esposa. «Ten, querida, mi anillo, porque me van a matar», fueron las últimas palabras que dedicó a su esposa antes de que se lo llevaran.

Incluso en aquellos instantes, los que iban a ser los últimos de su vida, el porqué de aquel odio visceral era algo que el profesor de música, que iba sentado en el asiento trasero del coche del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo camino de una checa situada en Madrid, se seguía preguntando. No entendía, por más que trataba de encontrar una respuesta coherente a lo absurdo de aquella situación, qué demonios había hecho para merecer aquel final.

Llevaba varios años viviendo en aquel pueblo, al que se había mudado desde Mota del Marqués, Valladolid —su localidad natal—, para enseñar música en el colegio de la pedanía madrileña que nunca había oído ni siquiera mencionar. Jamás, debido a su carácter pacífico y bonachón, había tenido el más mínimo encontronazo con ninguno de sus vecinos. Al contrario: las puertas de su casa siempre estaban abiertas para los hijos de sus vecinos, en su mayoría labradores, quienes se sentaban alrededor de su mesa para aprender a leer y a escribir. Tomás Martínez Negro, a pesar de la insistencia de los padres de aquellos chiquillos, siempre se negó a aceptar dinero por aquellas clases particulares. Había tratado de integrarse en la vida de aquel pueblo que no llegaba a los 1.200 habitantes, pero estaba claro que no lo había conseguido.

Suspiró, resignado, aceptando un final tan inminente como trágico. Se reclinó sobre el asiento trasero del coche, apoyando la cabeza sobre el incómodo cabecero. Bus-

có, a través del retrovisor, la mirada del chófer, en un intento desesperado por encontrar un ápice de compasión. Lo conocía de haberlo visto en el pueblo. Habían intercambiado un par de saludos. «Buenos días.» «Buenas tardes.» «¿Cómo está usted?» Nada más. No eran, desde luego, amigos. Las miradas de ambos hombres se cruzaron. Fue solo un instante. Lo justo para que Tomás pudiese ver la vergüenza reflejada en los ojos del otro. Trató de decir algo, pero no le salieron las palabras.

A su lado, en el asiento del copiloto, iban dos milicianos. Uno de ellos era el presidente del Comité Revolucionario. El hombre fumaba tranquilamente un cigarrillo. Parecía ajeno a cuanto sucedía a su alrededor. El antiguo sacristán lo tenía en muy alta estima. En los primeros días, tras el golpe militar contra el Gobierno de la Segunda República, salvó la vida a don Patricio Rodríguez, el párroco de Mejorada del Campo. En un momento en que los religiosos eran ajusticiados por turbas incontrolables, aquel hombre decidió ayudarle a escapar del pueblo.

Por lo tanto, de un hombre de tamaño altura moral esperaba, al menos, que le dispensara a él el mismo trato. De hecho, aquella misma madrugada lo había salvado de morir fusilado junto a la tapia de la iglesia. «Este hombre tendrá que ser juzgado en Madrid», había ordenado, pistola en mano y poniéndose delante del improvisado pelotón de ejecución, a los miembros del comité, que, fusiles en alto, se disponían a despachar al sacristán por la vía rápida.

Pero aquel hombre, otrora secretario de las Juventudes Socialistas de Mejorada del Campo, no tenía la más mínima intención de salvarle la vida. Solo quería evitar testigos incómodos. Hacerlo lejos del pueblo. «Tomás va para no volver más», sentenció aquel hombre que fumaba con total parsimonia en el asiento delantero del coche.

Tomás miró por la ventanilla del vehículo. Estaba amaneciendo. Las siluetas de las últimas casas del pueblo se iban difuminando en el horizonte, convertidas ahora en minúsculos puntitos negros. Siguió mirando hasta que desaparecieron por completo. Cerró los ojos, afligido por un dolor que lo carcomía por dentro. Dejaba atrás a María Cruz, su mujer, y a sus tres hijos: María (16), Leonisa (14) y Emiliano (10). Nunca los volvería a ver.

El coche atravesó el puente de hierro en dirección a San Fernando de Henares para, una vez allí, tomar la carretera que los llevaría a Madrid, donde Tomás sería interrogado en una de las checas que había repartidas por la capital, acusado de ser simpatizante de las derechas. Junto a él, en el asiento trasero de aquel coche incautado por el Comité Revolucionario, iban otros dos milicianos —cinco en total— a los que conocía perfectamente. Sobre todo, a uno de ellos.

Los ojos de aquel hombre, al que en el pueblo apodaban el Coleta, se clavaron en los suyos. Creyó intuir una mueca de satisfacción que se dibujaba en la comisura de los labios. Se relamía de puro placer. Estaba disfrutando de aquel momento y no trataba de disimularlo. Si de él hubiese dependido, el sacristán llevaría meses muerto.

El Coleta era el mismo energúmeno que, cada vez que lo veía paseando por el pueblo, no dudaba en darle unos pases con el capote, ante las risas entusiastas de sus camaradas, quienes no intervenían en poner fin a aquel esperpento. La faena siempre terminaba de la misma manera: con la muerte del antiguo sacristán. El Coleta, estoque en alto, simulaba entrar a matar a un desvalido Tomás que se dejaba hacer, temeroso de la ira que podía despertar en los miembros del comité su negativa a participar en aquel lamentable espectáculo. Ahora, tiempo

después, aquella imagen le pareció un presagio de lo que estaba a punto de ocurrir.

El sacristán cerró los ojos, tratando de conciliar un sueño que le habían robado unas horas antes. Se tocaba el dedo anular de la mano derecha, donde debería haber estado su anillo de casado. Pensó en María Cruz, y en sus tres hijos. Una lágrima corrió por su mejilla.

El coche fue perdiendo velocidad hasta detenerse por completo. El chófer paró el motor. Una de las puertas se abrió y el hombre que tenía a su izquierda bajó del vehículo. Tomás Martínez Negro sintió como el cañón de una pistola se le clavaba a la altura de las costillas. Abrió los ojos. Miró a su derecha. El Coleta, todavía sentado a su lado, levantó el mentón invitándole a abandonar el coche por la puerta que permanecía abierta.

La mañana amaneció relativamente fresca, no llegaba a los 13 grados. Las temperaturas daban un poco de tregua después del horrible verano —con escasas precipitaciones— que había azotado España en julio, agosto y septiembre. El sudor, por culpa de los nervios, le resbalaba por la parte trasera de la espalda, erizándole la piel. Se quitó la chaqueta y la sostuvo con las manos. El sol le molestaba, pero no se quejó. Caminó un centenar de metros, hasta un olivar cercano conocido como la Yesería de Cuenca, en el término municipal de San Fernando de Henares. De haberse puesto de puntillas habría alcanzado a ver, muy a lo lejos, la silueta de Mejorada del Campo.

Se dio la vuelta. Miró el cañón del arma que le apuntaba directamente al corazón, a un palmo de distancia. A solo unos pasos, cuatro miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo contemplaban la escena en absoluto silencio, mientras el quinto sostenía el arma de fuego. Unos metros atrás, unos milicianos, que viajaban en el se-

gundo coche que debía trasladarlo a la checa de Madrid que ahora sabía a ciencia cierta que nunca llegaría a pisar, también guardaban silencio. Esperaban el fatal desenlace para regresar al pueblo.

El hombre que sostenía el arma echó el seguro hacia atrás y apretó el gatillo. Tomás Martínez Negro cayó muerto.